

Manuel Suárez Miraval

Ránquil: una tendencia de la novelística chilena



QUIENES aquel día de 1910 (7 de mayo) informáronse de la fausta nueva del reciente nacimiento, comentaron a su manera pueblerina, el siempre renovado tema de la vida y de la muerte. Transcurrieron los días y nada más alteró la quietud de aquel pequeño puerto del sur de Chile: Coronel, cercano a Concepción. Y en esta ciudad no se pensó, por aquellos años, que muy cerca germinaba ya uno de los más recios valores literarios de Chile: Reinaldo Lomboy. Estrechos son los renglones para intentar aquí una biografía o un serio estudio sobre este novelista. Por ello recurrimos a un esbozo más o menos eficaz y valedero.

Pero antes, analicemos a grandes rasgos su trayectoria estética. Cuando sólo contaba 17 años, publicó, en una de las revistas santiaguinas, una novela breve, casi un cuento: «Cuando maduran las espigas», con un prólogo de María Rosa González, que no está a la altura de la capacidad literaria de novel escritor. Se descubren ya en ese trabajo, intuiciones y aportes enjundiosos que una crítica más severa debía, más tarde, encomiar. Luego, tras 14 años de inactividad—inactividad en cuanto a libros, se entiende, ya que el periodismo lo albergó desde edad temprana—publicó de sopetón (1942), «de porrazo» como dicen

los criollos: Ránquil. En *Ciro Alegría* se nota, por ej., una continuidad no desmentida entre «Los perros hambrientos» y «El mundo es ancho y ajeno», sin exceptuar «La serpiente de oro». Recordemos que sus 3 obras fueron premiadas. En cambio, en el novelista chileno se da la circunstancia de lo intempestivo, de lo súbito y de lo repentino. No queremos que se nos mal interprete. Decimos, sencillamente, que la crítica «oficial» y rutinaria descubrió con asombro los quilates que la vigorosa novela campesina permitió entrever.

Veamos algunos aspectos característicos de esta novela. La obra es, ante todo, novela de NUESTRO TIEMPO, de nuestra época. En ella se advierten los latidos presurosos de una inquietud perenne y una ansiedad insatisfecha en pos de normas de vida más humanas y más justas. El telón de fondo, para quien lo advierte, es el constatar doloroso de un régimen injusto de vida, de una opresión oficialmente consagrada y de una muelle lasitud que la capital burocrática alberga y nutre. Es, como elocuentemente se subtitula la obra, la «novela de la tierra». Es la Pachamama de Arauco. Es una perla más engarzada en ese collar que va desde «Good Earth» de Pearl S. Buck hasta «Las viñas de la ira» de John Steinbeck. La obra va codo a codo con las de Pareja Diez-Canseco, Gilbert, Icaza, Azuela, Gallegos y «nuestro» Alegría (aun cuando todos son «nuestros»). Es una epopeya al trabajo, es el grito doloroso y dolorido en pro de los que sufren. Lomboy, en verdad, llega con esta obra a las más altas cimas de una aspiración literaria. Casi bruscamente, muy «a la chilena», presenta el paisaje sureño: «... tierra baldía de plantas amigas, buena ni para las cabras, ¡pero tierra propia para vencerla y hacerla rendir!» (pág. 24). La novela se inicia con un retazo de campo: el galopar de caballos cuyos «cascos fueron dejando en el peñascal de la otra orilla huellas húmedas y paralelas: las huellas del cansancio olvidado» (pág. 26). Se divisan luego «techos reños de canoas de ciprés, vigas ennegrecidas, ventana: sin párpados...» (pág. 26). Y, a continuación, presenta magis-

tralmente, esa es la palabra, el drama cruento e inhumano que los pacíficos pobladores de inhóspitas tierras, sufrieron a manos de los que, sin trabajar, sin sufrir, ensancharon las suyas por que sí, por ambición y porque «el indio es indio». El mismo problema que el de nuestro Perú, que el de Bolivia, que el del Ecuador, que el de Méjico... y no sigamos la cuenta, que ella es larga. «El indio fué expulsado, cercado, despojado, arrojado a los flancos abruptos de la cordillera, recluso en la tierra que nadie, por mísera, ambicionaba» (pág. 33). ¡Destino cruel!, diría un shakespeariano. ¡Destino de Indo-américa!, decimos nosotros. Parece como que si nuestro progreso y nuestro futuro, cual doloroso parto, haya de sufrir los dolores de un alumbramiento. Estas páginas humanas, más bien dicho inhumanas, de tremante bregar, nos muestran cómo a los ignaros campesinos «los perseguían. Los mataban. No bastaba, pues, el hambre ni la hostilidad de la naturaleza: llegaba el blanco» (pág. 34). Y el blanco llegó con su cortejo de mentiras, de embustes, de vicios. ¡Loados sean los manes de Germán Arciniegas que escribiera ya «América, Tierra Firme!» «Con aguardiente, el mapuche no sabe lo que dice ni lo que hace, ve unas caras borrosas, oye unas voces lejanas, una mano que le escancia licor, una vez, otra vez, muchas veces. El mapuche no puede desairar a un huinca amigo y sus dedos temblorosos estampan en el documento que lo despoja de sus bienes, unas cuantas rayas tiritonas» (pág. 36). De todos modos el indio y el mestizo, a regañadientes, ¿quién les hacía caso?, se replegaron a la cordillera: «Pero la obscura vida se abrió un día en sostenida esperanza: la tierra fué dividida en hijuelas y fueron dueños de ellas los que desde generaciones la cultivaban.

Cierto es que la región era dura, cierto es que en el valle central, en terrenos fértiles, en medio de las comodidades de la civilización y la blandura acogedora del clima; cierto es que el roto campesino era arrojado a las asperezas cordilleranas a bregar con la nieve y el puelche, solo y sin amparo. Aun así, al verse dueño de la tierra que siempre le esclavizó, se llenó de enfervo-

rizado coraje para vencer a los elementos y hacer brotar plantas útiles de los peñascos. Ciertamente es que los otros recibían medios de producción, ayuda fiscal; cierto que éstos no recibían más que golpes, balas y abuso de autoridad. Pero así, sin herramientas, sin dinero, sin animales, a golpes de hacha construyen sus casas, sus arados, sus molinos de agua. Y viven. Si la nieve quema las cosechas o derrama el puelche el trigo y los piñones son devorados por los chanchos del rico, entonces... entonces mueren de hambre. ¿A quién importa su muerte?» (pág. 37). Poco a poco, se desonvuelve la trama. Poco a poco, también, el drama adquiere toda su crudeza. Surge así la interrogante de unos colonos sufridos: «¿Acaso ellos no eran también chilenos? ¿Acaso el gobierno se acordaría de ellos solamente en épocas de elecciones o para quitarles por un año sus hijos, mozos de 20 años, para llevarlos al servicio militar, a aprender a defender la patria, la tierra? Esa tierra, esa patria pequeña habían aprendido a defenderla sin ir a cuarteles; si se la quitaban, ¿cómo podrían defender otra mayor que no tendría sentido para ellos?» (pág. 49). La angustia sobrecoge el pecho. Menester es aliviar el sufrimiento con el bondadoso paisaje. Lomboy matiza su novela y rompe la opresión del asunto con una visión en que «el agua se va doblando en saltos sonoros por las piedras». Garrido Malavert, recio valor poético del Perú nuevo, nos ha hablado ya de

«... cómo se ríen las piedras
en las venas hinchadas de los ríos...»

Y aún, más antes, Chocano en «Primera Lluvia» escribió aquello de

«Y se hincha la vena de los ríos: se llena
de júbilo el sediento trajín de las quebradas;
se turba de sonrisas la plenitud serena
de estanques pensativos y lagunas calladas».

Pero con Lomboy divisamos «el río al galope envuelve como a una isla la costa menguada. Llega con rumor de trueno lejano, voltea en meandros abruptos y luego sigue con recta intención

que no se cumple: en el último instante esquivada una repunta atermindada en roca y se curva como una echona. Allí sus aguas van mojigateando, tendidas sin esfuerzo, recogiendo energías para embestir de nuevo las peñas, o para emplear artimañas, aprendidas en siglos de correrías, hasta encontrar el justo camino, la resistencia menor entre las abras de dos filos» (pág. 195).

Emil Ludwig, en uno de sus aciertos geniales con que a veces nos argumenta, ha comparado ya la existencia humana al curso de un río. Quizás, dentro del mismo impulso, Lomboy comparte esta apreciación, pues nos habla de una «sombra sonora, de aguas». Imagen bellísima que supera más adelante, si superación cabe, al describir como «sobre la nieve fué cayendo la noche Y sobre la noche, comenzó a caer la nieve» (pág. 326).

Pero no vamos a elogiar las metáforas, ni la justeza de los epítetos, pues ello compete a técnicas que no dominamos lo suficiente. Para nuestra sensibilidad, empero, la obra es prolífica en ese sentido. Vamos, sí, a encomiar el fin, no el final, de la obra. Toda obra de arte, y es criterio muy nuestro, debe responder a una exigencia de perennidad, y a una necesidad social. El Quijote y La Celestina son novelas de su tiempo. Imitarlos hoy, sería anacrónico e ineficaz. Ulises, de Joyce, en cambio, es muy siglo XX. Sin el aporte freudiano, sin la teoría de la relatividad, del materialismo dialéctico o el parnasianismo, Ulises no se hubiese escrito. Igual criterio adoptamos frente al supra-sensible Proust («A la recherche du temps perdu») o al intra-psicólogo Kafka. En otra dirección, pero con iguales normas, la Ilíada o la Odisea homéricas, responden a su momento, que llamaremos histórico, a su espacio—tiempo definido, a sus 4 dimensiones—irreemplazables todas. El Paraíso Perdido, como la Comedia, son también eminentemente humanos, porque reflejan su época, aun cuando el ciego y divino poeta inglés se apartase de su tiempo. Apartamiento, por lo demás, muy relativo. Con semejantes apreciaciones, los católicos León Bloy o Jacques Maritain, muestran diversos instantes, cada uno verdadero de una misma

doctrina, que circunstancias ajenas a ella, impulsan a una renovación visible para quien desee constatarlo. Pictóricamente, así mismo, veamos lo barroco, o lo plateresco, o lo churrigueresco, fuera de su tiempo y no lo entenderemos. No se crea que compartamos las normas de Hipólito Taine. Ni aún siquiera las de Elie Faure. Creemos, sí, en una explicación lógica y científica de los sucesos. En el Perú, por ej. lo colonial está en desuso; aunque intereses de prosapia intenten revitalizarlo, el esfuerzo es tardío, por ende, estéril. En Chile mismo, llamaría a sonrisa el encontrar escritores a lo Bleut Gana o a lo Jotabeche. Fenómeno que en Colombia engendró el Isaacquismo, tan en desuso hoy en día. Ránquil, como «El mundo es ancho y ajeno», como «doña Bárbara», como «La Vorágine», como «La Beldaca», «Cacao» o «Los de abajo», es novela, repetimos, de NUESTRO TIEMPO. Radica en ello la fuerza primera de su perennidad. Vienen de ello los rasgos que inmortalizarán la novela. La posteridad pronunciará el juicio definitivo. En nuestro entender, ni Oscar Wilde, cumbre de cumbres, por muchos respectos, se emancipó de su misión social. Y aun cuando predicó—último mohicano—«el arte por el arte—», «Salomé» y «Dorian Gray» jamás eclipsarán la sátira que su mordaz espíritu hiciera a costa de los vicios, de la sociedad inglesa en «La importancia de llamarse Ernesto» o «El abanico de Lady Windermere». Esto, para citar sus obras accesibles, porque la Balada de la Cárcel de Reading, exige mayor estudio y mayor comprensión. Es ésta también la mayor impugnación que recibió Darío. Mientras vivió fuera de Indoamérica, su obra fué modelo de pureza, más no de entraña. Y nosotros preferimos la esencia al perfume, aun cuando el vulgo las confunda. Compartimos por eso las críticas que Antonio Aíta, notable crítico argentino, le ha hecho al bardo nicaragüense: «Darío nada tiene que ver con nuestra América. Cuando eligió el paisaje americano como tema de algunos de sus cantos, ha sido o bien para adular a un país determinado, o por interés económico. Fué un poeta extraño en abso-

luto a las preocupaciones de nuestros pueblos». «Dario cantó a marquesas cuando la revolución había barrido en Francia con el privilegio aristocrático, cantó a esos parques abandonados que en nuestras tierras jamás fueron puntos de cita para las fiestas galantes; en la elección de sus temas, sigue revelando la artificiosidad de su cultura y de su sensibilidad». Huelgan comentarios.

Lomboy ha realizado con su novela, en nuestra modesta opinión, enrumbar la producción chilena hacia sus propios cauces. Con «La sangre y la esperanza» de Nicomedes Guzmán, con los cuentos de «Cabo de Hornos» de Coloane y una o dos obras de Andrés Sabella, «Ránquil» integra un núcleo muy promisorio. Claro está, que la novelística chilena, como la peruana, es menos nutrida que la ecuatoriana, a la que L. A. Sánchez define como «hemorragia de novelistas»; pero sí, presenta quilates más legítimos y facetas más destacadas. En resumen, Lomboy y sus compatriotas mencionados han elaborado con creces la levadura de nuestra novela, que es una necesidad apremiantemente sentida, y que sólo de diez años a esta parte está cumpliendo su cometido. Aun cuando el europeizado uruguayo Alberto Zum Felde, opine lo contrario. Por todo esto, por su vigencia, por su sencillez—la más inalcanzable de las cualidades literarias—, por su temblor interior, por cuanto representa obra creadora, en trance de alumbramiento, por todo ello, hallamos en Ránquil, gemas artísticas, que muy de cuando en cuando, suelen llegar a nuestras manos.

Ahora en cuanto comporta a su mensaje social—como lo exigían Tolstoi y Rolland—es tema que debe abordarse en un estudio más enjundioso que el presente. Creemos cumplir nuestro cometido al decir, Lomboy es uno de los pocos que se ha ubicado donde debía hallarse: con los gerifaltes de esta nueva hora de Indoamérica, con los gonfalones de un minuto crítico en nuestro destino, con los adalides y portavoces, en fin, de un nuevo mundo que se gesta, pese a quien pesare y a través de los obstáculos que hubiere.